MQ
MOVIMIENTO QUIETO

Antonio Juárez Arribas

Primera edición, junio de 2020
©Antonio Juárez Arribas, 2020

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)
Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-18148-94-1
IBIC: FA
Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

MQ
MOVIMIENTO QUIETO

Antonio Juárez Arribas

avant
editorial
www.avanteditorial.com

La transición I

No era nada y lo era todo, nada sentía sintiéndolo todo.
Era consciente, tenía consciencia, tenía mil caras y mil apariencias.
Todo era estable; que hermosa quietud, que paz infinita sentía en mi ser
En un solo instante, en un tiempo infinito que nada duró,todo giró en mi entorno, todo, incluyendo mi Yo.. Una fuerza absoluta, una fuerza total; me arrastró me llevó, y todo cambió.
Un millón de universos me vieron pasar,
un millón de universos que yo dejé atrás.
Yo era consciente, yo era real, podía sentirlo, ocurrió de verdad;
sucedió, lo sentí; hasta que no sentí más;
llegué a mi final para volver a empezar.
En hora buena, ha sido una niña.

A.J.A.

La noria de los mil peldaños

Y al mirar las estrellas vi cual pequeño era,
porque aunque muchas eran, más de trescientos mil millones,
todas ellas cabían en una galaxia.
Galaxias de las que tantas había como estrellas contenían,
que a su vez formaban un universo.
Universos de los que tantos había como galaxias contenían;
que a su vez formaban un multi-universo.
Multi-universos de los que tantos
había como universos contenían; que a su vez …
Y llegando a ese punto apenas no llegas sino a empezar,
a empezar a subir un peldaño de los mil que aún quedarán.
Solo quien llegue hasta allí podrá contemplar,
que llegando al final ha vuelto a empezar.

A.J.A.

La Transición II

Y al final, no deje de ser yo; arrastrado,
llevado, me deje transportar.
Mis sentidos estaban, me hacían sentir;
pero de una forma distinta, absoluta y total.
Las barreras cayeron, me sentía feliz,
las ataduras mundanas se esfumaron al fin.
Y era yo estando en mí, y era todo sin principio ni fin.
Es el ciclo infinito de volver a empezar,
de llegar al lugar donde reina la paz,
y poder entender que el final no es el fin,
sino solo el comienzo, de volver a empezar.

Descanse en Paz.

A.J.A.

I

EL INICIO

Eran las doce de la noche, y en la lejanía una campana acompasaba el tiempo marcando el ritmo… Diez, once, doce. Salí a la calle, la farola fundida facilitaba la contemplación de un cielo estrellado. Con el cese de las campanas que daban las doce, se hizo un silencio absoluto solo roto por algún ladrido lejano. No hacía frio, no hacía calor, era una sensación de ausencia que invitaba a abandonarse, a despojarse de lo superfluo, de lo mundano. Caminé unos metros y me bajé de la acera para contemplar las estrellas en todo su esplendor. Que hermoso espectáculo, que belleza armónica, que paz daba contemplar tan majestuosa obra.

Noté un zumbido en los oídos acompañado de una sensación de presión, que hizo que me desequilibrara como si me fuera a caer; di un tras pies instintivamente y me quedé parado. Tenía la sensación de estar balanceándome como una peonza sobre un centro de gravedad que eran mis pies. Sentía como una resonancia que me hacía vibrar al tiempo que me balanceaba. Esta sensación fue amainando hasta prácticamente desaparecer, todo seguía igual. Me giré y volví hacia mí casa. Antes de entrar giré la cabeza instintivamente hacia el lugar donde había estado, y pude observar que había alguien de espaldas. ¡Qué raro! apenas un minuto antes había estado allí y no había visto a nadie, debió ser por aquel extraño mareo que había tenido. Ya iba a entrar por la puerta cuando percibí el característico ruido del motor de un coche. El sonido era cada vez mayor por lo que el

vehículo se debía de estar acercando. Me giré y aquella persona seguía de espaldas en medio del asfalto, como había hecho yo hacía unos instantes con la cabeza inclinada hacia arriba.

Tuve un desagradable presentimiento, si esa persona seguía en la calle y no se percibía que venía un coche podría acabar atropellado, ¡pero que hacia allí parado, es que no oía al coche! Avancéhacía esa persona para advertirla del riesgo que corría, al tiempo que volví a sentir el zumbido en los oídos y una enorme presión en los tímpanos, otra vez la sensación de balanceo que hizo desequilibrarme y caer. Cuando levanté la cabeza solo pude ver los faros de un vehículo que tenía encima.

El zumbido cesó y la presión también, me giré y decidí volver a casa. Tenía una extraña sensación como si no estuviera allí realmente. Subí a la acera y me encaminé a casa, ya iba a entrar cuando escuché el chirriar de unas ruedas y un golpe seco. Dios mío había habido un accidente allí mismo, junto a mí y yo no me había dado cuenta hasta que se había producido.

Dos jóvenes salieron del coche gritando:

—Se ha caído a la calle justo cuando pasábamos, no ha sido culpa nuestra.

La persona atropellada estaba unos metros por detrás del vehículo boca abajo con un gran charco de sangre junto a su cabeza.

Es difícil explicar lo inexplicable, entender lo inentendible, es como estar ausente estando allí. Hay situaciones que te sobrepasan, que te golpean, que te arrastran como en una corriente, y en las que te quedas en una situación de inhibición tan absoluta, que no puedes ni moverte, ni articular palabra. Ese era mi estado ante la situación que acababa de vivir. La paz y armonía que acababa de sentir había sido seccionada de cuajo de forma brutal y despiadada. Aquel accidente me había paralizado de tal forma que tardé varios minutos en reaccionar.

—¡Por el amor de Dios, llame a una ambulancia! ¿Es que no me oye?

Se desgallitaba uno de los jóvenes mirándome sin entender mi inmovilidad. Pero yo estaba en un estado de absoluta parálisis, después del mareo que había tenido, aquella situación inesperada allí junto a mi casa, me había dejado fuera de sitio. Por fin reaccioné y tomé consciencia de lo que estaba pasando, entré a casa para llamar al 112 y pedir ayuda.

Los servicios de emergencia junto con una patrulla de la policía local llegaron al unísono. Los sanitarios de la ambulancia bajaron inmediatamente para atender al accidentado, mientras los policías hablaban con el conductor del coche que había atropellado a aquella persona. En un momento dado el conductor del vehículo me señaló y uno de los policías se acercó hasta donde yo estaba.

—¿Usted fue testigo de lo que pasó?

—Bueno, la verdad es que todo ocurrió tan rápido que no sabría decirle.

—¿Pero usted estaba aquí cuando ocurrió, no es cierto?

—Sí, si estaba aquí, fue visto y no visto, de repente oí un frenazo, un golpe y se acabó, todo había terminado.

—¿Y algo más, algún detalle de lo ocurrido?

—Lo tengo todo muy confuso. Yo volvía a mi casa por la acera y lo cierto es que no había visto a nadie por la calle, cuando escuché el frenazo de un coche y un golpe seco, nada más.

—¿Pudo ver a esa persona, sabe si es vecino suyo?

—No, no le vi la cara, cuando me volví ya había ocurrido todo.

—El conductor del vehículo dice que esa persona se cayó a la calle, justo cuando el pasaba con el coche. ¿Puede confirmar esa declaración?

—No, la verdad es que no, le repito que cuando me volví ya había sucedido todo. Perdóneme señor agente, pero es que no sé lo que me pasa, estoy algo mareado.

—Bueno está bien, ya prestará declaración más adelante.

En ese instante la ambulancia del 112 salía con el accidentado, con todo el despliegue de luces y sirenas de que disponía

—¿Cómo está el accidentado, está bien, puede decírmelo?

—Solo puedo decirle que aún vivía, esperemos que lleguen a tiempo al hospital.

—Qué situación tan anómala, todo acababa de ocurrir, pero no podía recordar exactamente lo que había pasado, aún se sentía como si fuera un péndulo en movimiento perpetuo, lo mejor sería acostarse y mañana con la cabeza más despejada intentaría recordar lo ocurrido.

—Buenos días, me llamo Ángel Alonso y he recibido está citación, para prestar declaración sobre un accidente del que fui testigo.

—Un momento por favor, me puede enseñar su DNI., gracias.

—El funcionario tomó el DNI e introdujo los datos en el ordenador, se dirigió a Ángel para indicarle que se sentara en unas sillas que tenía detrás de él, y esperara a ser llamado.

—¿Ángel Alonso?

Se oyó decir a un funcionario que apareció por un pasillo.

—Sí, soy yo.

—Acompáñeme por favor.

Ángel siguió al funcionario a través de un pasillo, hasta llegar a un despacho donde se encontraba otro funcionario sentado detrás de una mesa.

—Siéntese por favor. Es Usted Ángel Alonso Martínez.

—Sí.

—Y su DNI es…E.

—Sí.

—¿Usted conocía a la persona accidentada de cuyo accidente usted fue testigo?

—No, bueno la verdad es que ni siquiera la vi. Estaba tumbada con la cabeza hacia abajo en un charco de sangre. Como ya les dije yo realmente no vi nada, solo a esta persona en el suelo después del accidente.

—Sin embargo en su declaración inicial dijo que acababa de pasar por donde se produjo el accidente, y que no vio a nadie.

—Si lo dije, porque así me pareció, no recuerdo ver a nadie. De todas las maneras la calle estaba con muy poca luz por estar rota una farola; pero la persona accidentada tenía que estar allí, porque un instante después de pasar yo, se produjo el accidente.

—¿Está usted seguro de no haber visto a esa persona?

—Si seguro, ya le digo que no la vi.

—Si, por la poca luz que había claro, declaró usted que venía dando un paseo por su calle; si llevaba un rato andando con poca luz, sus pupilas se deberían haber acostumbrado a esa poca luz, ¿no es cierto?

—Pues sí, así es, pero no vi a nadie.

—Parece pues que esa persona apareció de la nada en el peor sitio y momento posible.

—Pues sí, pero ¿qué es lo que me quiere decir?

—Pues que es muy curioso, porque esa persona que fue atropellada junto a su casa y a la cual no vio se llama igual que usted.

—No me haga reír, hay mucha gente que se llama Ángel.

—Ángel Alonso Martínez, ¿seguro que cree que hay muchas personas con su nombre y apellidos?

—¿Tiene mis apellidos? Pues sí que es casualidad.

—Pues sí, y no solo eso, tengo aquí su DNI y resulta que es igual al suyo.

—¿Igual al mío? pero que dice, que está usted diciendo, ¿cómo va a ser igual al mío? Eso no es posible.

—Ciertamente, eso no es posible, pero aquí tengo los dos carnets, mismo nombre, misma foto, mismo número. ¿Qué tiene que decir a eso?

—¿Qué que tengo que decir? Me están tomando el pelo. ¿Qué es todo esto, que significa?, ¿cómo puede tener esa persona mi DNI? Todo esto no tiene sentido.

—Tendremos que tomarle las huellas digitales para verificar que es usted quién menciona ser.

—De acuerdo, háganlo.

Unos funcionarios llevaron a Ángel a otra dependencia donde le tomaron digitalmente las huellas. Tras unos minutos de espera, le llevaron de nuevo al despacho donde había estado anteriormente.

—Bueno, pues ya tenemos sus huellas, y estas confirman que es usted Ángel Alonso Martínez, por lo que tendremos que averiguar quién es la persona atropellada, y como tenía un carnet igual al suyo.

—Bien, pues háganlo, y por favor cuénteme lo que averigüen, el hecho de que esa persona tuviera un carnet igual al mío me inquieta.

—Así lo haremos, no se preocupe, bueno ahora ya puede usted marcharse. Cuando sepamos algo le avisaremos.

Ángel se despidió y salió a la calle, necesitaba respirar y decidió dar un paseo sin rumbo fijo. En su cabeza no dejaba de darle vueltas lo que le habían dicho. Aquella persona, a la que no conocía y que había sido atro-

pellado frente a su casa, tenía un carnet de identidad igual al suyo, pero, ¡no podía ser!... ¿Cómo era posible? aquel hombre tenía un carnet duplicado del suyo. Pero, ¿cómo? ¿Por qué?

Girando hacia la izquierda la presión me oprimía, quería avanzar, llegar al otro lado, pero por más que lo intentaba no conseguía moverme, es más, parecía que mi intención de avanzar me hacía retroceder, y aquella presión me empujaba hacia dentro. Tenía calor, tenía sed, quería salir, salir, pero salir de donde, hacia donde. El entorno giraba, me envolvía, me absorbía, me confundía. Todo tenía un tinte rojo, un rojo que se oscurecía, que se apagaba, que se quedaba en negro y ya no veía, ya no veía…

—Buenos días Ángel, bienvenido, ¿cómo te encuentras? Pero bueno, que lindos ojos tienes, y que no nos los querías enseñar. Bueno ahora tranquilito que te vamos a poner un calmante para que no te duela nada.

La enfermera sustituyó la botella vacía por otra con Nolotil, reguló la entrada del medicamento dejando un goteo rítmico, que se deslizaba por la sonda hasta la vía que tenía puesta en la muñeca.

—Bueno, ahora que has despertado voy a llamar al doctor para que venga a verte, estate tranquilo.

Pasados unos minutos, el doctor entró a la habitación.

—¿Cómo se encuentra, puede escucharme, recuerda lo que pasó?

El doctor no encontró respuesta alguna, solo unos ojos muy abiertos que le miraban sin pestañear. Le auscultó y mandó que le hicieran una serie de pruebas a lo largo de la mañana, mientras ojeaba el historial del paciente.

—Sofía, cuando tenga todas las pruebas que he mandado me las hace llegar. —Y bajando la voz le dijo—: El paciente está siendo investigado por la policía, así que vamos a procurar tenerlo lo más controlado posible.

El doctor miró unos instantes a Ángel y salió de la habitación.

—Bueno Ángel, no has estado muy hablador, ahora te vamos a hacer unas pruebas para ver como estas, ¿de acuerdo? —le dijo la enfermera.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado? No recuerdo nada.

—Estas en el hospital, tuviste un accidente y has estado unos días inconsciente, pero ya estas mejor.

—¿Unos días? ¿Cuántos?

—Tres días exactamente, te acuerdas de algo, dime, ¿cuál es tu nombre?

—¿Mi nombre? No sé, no lo recuerdo, estoy como en una nube. No recuerdo nada.

—Bueno no te preocupes, poco a poco iras recordando. Ahora descansa, dentro de un rato volveré para ver cómo te encuentras.

La enfermera salió de la habitación y fue a la zona de control, pensó que no le había preguntado si se acordaba de alguien a quien podrían llamar, pero viendo que no se acordaba ni de su nombre, seguramente no se acordaría, además si la policía lo estaba investigando seguro que darían con algún familiar. ¿Qué habrá hecho? ¿Por qué le estarán investigando?

Boadilla del Monte es un pueblo situado en las afueras de Madrid, en dirección este. Es un pueblo tranquilo que, como el resto de poblaciones cercanas a la capital, ha ido aumentando su población en los últimos años. Un gran número de urbanizaciones de pisos y chalets rodean su núcleo, y en uno de estos chalets vivía Ángel.

—Vamos Zar, se acabó el paseo por hoy, volvemos a casa.

Zar era un macho de labrador negro que entendió a la primera lo que le dijo Ángel, torció por un camino que había a su izquierda y que sabía muy bien que llevaba hasta su casa. Cuando entraron en su calle, Ángel se fijó en dos individuos que había un poco más adelante. Al verle uno de ellos sacó un móvil y se lo puso a la altura de la cara, manteniéndolo en esa posición hasta que Ángel pasó a su lado. En ese instante los dos hombres se giraron y se quedaron mirándole por detrás. Él percibió que los dos hombres se habían girado para mirarle, se paró y se giró hacia ellos; durante un momento se cruzaron sus miradas. Ángel ya iba a preguntarles si querían algo, cuando los dos hombres se giraron y comenzaron a alejarse.

Ángel continuó hacia su casa, abrió la puerta que daba acceso a un pequeño jardín, soltó a Zar y se sentó en una tumbona. Aquella vivencia que acababa de vivir le había dejado un poco dubitativo. Tenía la sensación de que aquellos hombres le habían estado esperando, y que él que sacó el

móvil le hacía una fotografía. En ese momento le vino a la cabeza la persona que había sufrido el accidente allí mismo, y que tenía un carnet de identidad igual al suyo. La policía no había vuelto a ponerse en contacto con él. Qué extraño era todo aquello. Y si aquellos hombres con los que acababa de cruzarse, tenían algo que ver con el hombre accidentado. Era todo muy confuso. Lo del DNI no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

Se levantó de la tumbona y llamó a Zar para que entrara en casa. Había decidido que iba a hacer. Iría al hospital donde estaba ingresado aquella persona.

Buenos días, me podría indicar la habitación donde está ingresado Ángel Alonso Martínez.

Bueno, como tenía mi mismo DNI, lo más fácil es decir directamente mi nombre, pensó Ángel. Aunque le resultó extraño oírse preguntar por una habitación a su nombre.

—Habitación 311.

—Muchas gracias. Se dirigió a los ascensores que había junto a la recepción del hospital.

—301/325, bueno por este pasillo debe de estar.

Avanzó unos metros y enseguida divisó la habitación 311, la puerta estaba cerrada. Se acercó a ella y golpeó con los nudillos, no oyó respuesta. Empujó la manilla hacia abajo y abrió la puerta. No había nadie, la cama estaba revuelta, como si alguien hubiera estado en ella hace poco tiempo. Miró alrededor de la habitación y no vio nada significativo.

—Bueno, quizás le han llevado a hacer alguna prueba.

Se giró para dirigirse a la puerta, cuando la puerta se abrió y entró una enfermera.

—Pero Ángel, ¿qué haces levantado y vestido? ¿No te iban a hacer la prueba de la resonancia magnética? ¿Por qué te has puesto ropa de calle? Bueno, venga quítate la ropa y ponte el pijama

—Perdón, ¿cómo dice?

—Pero bueno Ángel, no recuerdas nada de antes del accidente, pero ahora estamos en el presente, y sabes que todavía tienes que estar unos días más en el hospital.

—Creo señorita que se está confundiendo, yo no estoy hospitalizado. He venido de visita.

—Si de visita, pero de visita continuada. Venga Ángel tienes que ponerte el pijama, si no lo haces tendré que llamar al doctor.

—Pues llámele, ya ve usted lo que a mí me importa. Mire, yo solo he venido a ver como estaba Ángel, el paciente que está en esta habitación, pero ya veo que no me van a dejar, así que por favor hágame el favor de dejarme salir.

—Bien, de acuerdo como tú quieras. La enfermera cogió a Ángel por el brazo y salieron de la habitación, cuando se iban acercando al puesto de enfermería le dijo que esperara solo un momento, y entró al puesto.

—¿Dónde están Carlos y Ezequiel?

—No sé.

—Pues búscales y que vengan rápido, creo que vamos a tener un problema con Ángel.

La enfermera salió del puesto de enfermería pero Ángel ya no estaba allí, miró por los pasillos, pero nada, no se le veía.

—Ana, llama al doctor Ramírez, Ángel ha desaparecido.

Corrió hacia la escalera y bajó rápidamente a la planta baja. Nada, no estaba por allí, preguntó en recepción dando los datos de Ángel, pero no habían visto o no se habían fijado en nadie con esa descripción. Se dirigió a una sala contigua a recepción, y dio la descripción de Ángel a los empleados que allí había.

—Esto es importante, por favor consultar las grabaciones de las cámaras de seguridad en los últimos cinco minutos, si ha salido del hospital le tienen que haber grabado. Decirme algo si lo encontráis, voy a seguir buscando.

Dio una vuelta por la zona de consultas, había mucha gente, pero él no estaba. Decidió volver a su planta por si había vuelto allí.

—Qué tal Ana, ¿sabes algo de Ángel, han venido Carlos o Ezequiel?

—Sofía, ha venido Ezequiel, me ha dicho que Carlos estaba con Ángel.

—Bueno, gracias a Dios, creí que se había ido del hospital. ¿Dónde están ahora?

—Han ido a la habitación.

Sofía se dirigió a la habitación y entró directamente. Ángel estaba solo en la cama, se dirigió a él y le bajo la colcha que le cubría para ver si seguía vestido de calle. Él estaba con el pijama hospitalario.

—Vaya susto que me has dado, eso que has hecho no se puede hacer, entiendes. Bueno, ¿cómo estás?

Ángel se la quedó mirando sin entender muy bien porque le decía eso.

—Estoy bien, pero que es lo que he hecho.

—Sabes muy bien lo que has hecho, y no puede volver a ocurrir, ¿lo entiendes?

—Sí, lo siento, la próxima vez procuraré estarme completamente quieto, pero es una prueba incomoda.

—Déjate de pruebas, sabes muy bien que no te estoy hablando de eso.

Sofía salió de la habitación notablemente enfadada, al llegar al puesto de enfermeras para seguir con su rutina, Ana le comentó que la habían llamado de recepción y que bajara lo antes posible. Sofía pensó que sería por la búsqueda que había dicho que hiciera en las grabaciones de seguridad. El problema ya se había resuelto, pero bajaría para comunicárselo y que no buscaran más.

—Hemos descubierto a una persona saliendo del hospital que correspondía a las señas que nos habías dado.

—Bueno el problema ya se ha resuelto, el enfermo regresó y ya está en su habitación.

—Pues lo hemos visto salir, pero no regresar.

—Eso no es posible, puedo ver las imágenes.

—Sí, pasa dentro para que puedas verlas. Ves, esta es la persona que se ajusta a tu descripción. ¿Es la misma persona que buscabas?

—Sí, si es ella.

—Mira, ahora sale del hospital, y no hay registro de que haya vuelto a entrar.

—Pero, ¿cómo es posible? Si acabo de estar con él en la habitación. Tiene que haber regresado, pero, ¿cómo le ha dado tiempo? Gracias por vuestra búsqueda, no sé cómo lo ha hecho, pero el caso es que ahora está en la cama de su habitación. Gracias otra vez chicos.

Sofía subió a su planta y fue derecha a la habitación de Ángel, ya no se fiaba que estuviera allí. Abrió la puerta y vio que estaba en la cama, no se había movido. Volvió a salir de la habitación sin decir nada y decidió buscar a Carlos, el celador con quien se supone que había estado Ángel.

Después de recorrer media planta al fin encontró a Carlos.

—Al fin te encuentro, me puedes explicar que ha pasado con Ángel, el paciente de la habitación 311.

—Con Ángel, nada. Le bajé para que le hicieran la resonancia magnética, y luego le volví a subir a la habitación.

—¿En la silla de ruedas?

—Sí.

—¿No se te despistó en ningún momento?

—No, claro que no, ¿qué quieres decir?

—Pues que algo no cuadra, porque si no le perdiste de vista, ¿cómo pudo regresar a la habitación, vestirse con ropa de calle, despistarme a mí y llegar a salir a la calle para luego regresar, y entre medias llevarle tú en pijama y en silla de ruedas a su habitación? He, dime como se puede hacer todo eso si tu no le perdiste de vista.

—No sé de qué me estás hablando, pero te puedo asegurar que estando conmigo no ocurrió todo eso que dices. Y sabes que después de la prueba, no le dejarían salir solo si había llegado con un celador. ¿No te estarás confundiendo con otra persona?

Sofía se quedó pensativa, y si fuera así, y si se había confundido de persona. Eso lo explicaría todo, pero no puede ser, ella le vio, habló con él. No era otra persona. Pero, por otra parte ahora que lo piensa, andaba con mucha soltura. Sofía decidió bajar a la planta donde hacían las resonancias, preguntó por la prueba hecha a Ángel.

—Todo fue normal, no hubo ninguna incidencia, vino acompañado de un celador y una vez terminada la prueba volvió con el mismo celador.

Sofía estaba perpleja, no entendía como Ángel había podido hacer todo aquello. Es como si hubiera estado en dos sitios a la vez. Decidió volver a ver a Ángel.

—Hola Ángel, ¿cómo te encuentras?

—Mejor, la verdad es que quitando mi memoria estoy mucho mejor. El dolor de cabeza va remitiendo.

—Veamos, déjame que te vea más despacio. Su ojo derecho tenía resto del derrame que se había producido con el accidente. Ahora que lo recuerda, la persona con la que habló no tenía restos de ningún derrame.

—Bueno pronto llegaran los resultados de tu resonancia, pero todo apunta a que tus parietales están soldando bien. ¿Ángel sigues sin recordar nada, algún familiar, pariente, un hermano gemelo por ejemplo?

—¿Un hermano gemelo? No, no lo recuerdo. Todo está muy confuso, recuerdos inconexos, es como si todo estuviera cubierto por una niebla que no me deja ver al otro lado. Y ese otro lado es precisamente quién soy yo, pero por ahora no recuerdo nada. ¿Por qué me ha preguntado si tengo un hermano gemelo?

—Porque hace un rato me cruce por el pasillo con alguien que se te parecía bastante, de hecho llegué a pensar que eras tú. Pero evidentemente no era así.

En ese momento, dos hombres irrumpieron en la habitación.

—Buenos días, ¿Ángel Alonso?

—Sí, soy yo.

—Hola, buenos días, soy Ramón Arias, inspector de policía y mi ayudante el subinspector Luis Fontela. Me gustaría hacerle unas preguntas, ¿si está en condiciones de responderme?

—Si inspector, estoy bien.

—Bien, como se encuentra, recuerda algo de antes del accidente.

—Pues no, precisamente se lo estaba diciendo a la enfermera, no recuerdo nada de antes de despertar en este hospital. Tengo algunos destellos inconexos pero que no logro ubicar ni de relacionar.

—¿Qué tipo de destellos, me podría describir alguno?

—Pues como fogonazos de luz, caídas al vacío, ruidos, incoherencias que no logro vislumbrar, un perro que me ladra, torbellinos que me arrastran. En fin, nada que me ayude a saber que era o quien era antes del accidente.

—Ya veo, y un lugar, un sitio, una casa donde vivir, un trabajo, una ocupación, algo que le venga a la memoria.

—No, nada, ya le digo es como si no tuviera un ayer.

—Bueno no se preocupe. Con su permiso le vamos a tomar las huellas dactilares. Es un simple formulismo para verificar su identidad y así poder localizar algún familiar, o encontrar algún dato de su pasado, para poder ayudarle a recuperar su memoria.

—Bien, no hay ningún inconveniente. Pero creo que ustedes tenían mi documentación, ¿no es cierto?

—Sí, así es, es solo para verificar y evitar cualquier malentendido.

El inspector se apartó de la cama e indicó a su ayudante que se acercara. El ayudante sacó un portátil y otro aparato que conectó con él. Sofía permanecía en la habitación en un segundo plano atenta a lo que estaba sucediendo.

«Le va a tomar las huellas teniendo su DNI, que raro es todo esto», pensó Sofía, mientras observaba como le iba poniendo el dedo sobre el aparato, que había conectado previamente al portátil.

—Bien, ya está. ¿No le ha dolido, verdad? —dijo el inspector esbozando una pequeña sonrisa. El ayudante tecleaba sobre el portátil, transmitió y se quedó esperando una respuesta a la consulta que había hecho. Esta no tardó en llegar. El ayudante se quedó mirando al inspector, haciendo un leve movimiento de cabeza afirmativo.

—Bueno, creo que por hoy no le molestaremos más. Hasta otro día. El inspector y su ayudante salieron de la habitación acompañados por Sofía.

—No hay lugar a dudas inspector. Es la persona que dice ser su DNI.

—Pues entonces habrá que repetir las pruebas a las dos per… El inspector se paró en seco al darse cuenta que la enfermera estaba junto a él.

—Si enfermera, quería usted algo.

—Perdone pero es que les estaba escuchando y…

—Y no sabe que es de mala educación escuchar lo que no es de su incumbencia.

—Sí, y les pido disculpas otra vez, pero es que me pasó algo muy extraño con el paciente y bueno, pues quería saber que ocurría con él.

—¿Algo extraño con este paciente? Por favor, explíquese.

—Bueno esta misma mañana me encontré a alguien en su habitación, y yo le confundí con el paciente, intenté que me explicara por qué se había vestido con ropa de calle, pero el solo decía que había venido de visita y que no era ningún paciente. En un momento dado mientras intentaba esclarecer que estaba pasando, desapareció. Creyendo que era el paciente me puse a buscarle, y mientras lo hacía, apareció Ángel el paciente, que venía con un celador de hacerse una prueba.

—Me está diciendo que la persona a la que vio en la habitación era tan parecida al paciente que pensó que era él.

—Parecida no, era él. Quizás fuera un hermano gemelo, pero no me dijo quién era, y el pobre Ángel no se acuerda de nada. Pensé que era el paciente, pero ahora sé que era otra persona, andaba y se movía con una soltura que él no tiene, y además, algo en lo que no caí antes. Ángel tiene un pequeño derrame en su ojo derecho que aquella persona no tenía.

El inspector saco su móvil para hacer una llamada mientras miraba a su ayudante.

—Sí, Paco, soy Ramón, habéis inspeccionado la zona donde vive Ángel Alonso. Si, vale, tenéis una foto, muy bien, pues envíamela. Bien de acuerdo, nos vemos.

El inspector recibió la foto que había pedido, era un primer plano. No había duda alguna, esa persona era el paciente que acababan de ver.

—Por favor Sofía, es su nombre verdad. Sofía dos cosas: primero si van a dar de alta a él quiero que me llame antes, quiero estar aquí si eso ocurre. Y segundo, si vuelve a ver a esa otra persona que confundió con Ángel también me llama, aquí tiene mi tarjeta. Muchas gracias por todo.

El timbre de la casa sonó y como una resonancia automática dos ladridos magnificaron el timbre. Ángel se dirigió hacia la puerta de la casa,